

ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
TOMO XXXIII



C. S. I. C.
1993
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1993

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
 Arte	
Algunas noticias sobre la construcción de la desaparecida iglesia del Hospital de Montserrat en Madrid, por José Luis Barrio Moya	21
Dibujos del siglo XVIII para la Capilla de San Isidro de Madrid, por Virginia Tovar Martín	41
El Puente de Toledo: un hito brillante en la aportación del arqui- tecto Pedro de Ribera, por Matilde Verdú Ruiz	55
Datos para una historia económica de la Real Fábrica de Platería de don Antonio Martínez, por José Manuel Cruz Valdo- vinos	73
Aportación documental al Convento de las Maravillas de Madrid, por Leticia Verdú Berganza	123
Obras de restauración de la parroquia matriz de Santa María la Real de la Almudena de esta Corte y consecuentes traslados procesionales solemnes de su imagen, producidos por esta causa. Años 1777-1780, por M.ª Rosario Bienes Gómez- Aragón	141
Cristos de Madrid, por Teresa Fernández Pereyra	157
 Bibliografía	
Ediciones, traducciones y un plagio, de las obras del madrileño Gonzalo de Céspedes y Meneses (¿1585?-1638) en biblió- tecas norteamericanas, por Joseph L. Laurenti	191

Geografía

Una guía especial de Madrid de comienzos de siglo, por Ramón Ezquerra Abadía	207
Un antiguo profesor, por Ramón Ezquerra Abadía	213
Apunte geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752. X, por Fernando Jiménez de Gregorio	217
Manzanares: un río foso y balcón. Recorrido por su tramo urbano, en un repertorio cartográfico y colofón con meros planos madrileños, por José María Sanz García	239

Historia

Los códices que vio Ambrosio de Morales en el Castillo de Bares en 1572, por Gregorio de Andrés	267
La casa de los Monterrey en el Prado Viejo de San Jerónimo de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	277
Una introducción a la obra de Fernando Cardoso, <i>utilidades del agua i de la nieve, del bever frío i caliente</i> (Madrid 1637), por Pilar Corella Suárez	289
La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: la superintendencia general de policía y la comisión reservada, por Ana M.ª Fernández Hidalgo	321
Madrileños en América en el s. XVIII, por José Valverde Madrid..	357
Repercusiones de la guerra de Sucesión en los Monasterios de Montserrat y San Martín de Madrid y sus libros de gradas (s. XVII-XIX), por Ernesto Zaragoza y Pascual	395
Introducción a la teoría de la capitalidad de Madrid, por Enrique de Aguinaga	419
Un cementerio decimonónico desaparecido: la Sacramental de San Sebastián, por Carlos Saguar Quer	437
El Teatro "Felipe", pequeña historia de un barracón famoso, por José del Corral	447
Corrida extraordinaria a beneficio de las familias de los naufragos del "Reina Regente" celebrada en Madrid en 1895, por Miguel Ángel López Rinconada	469
Salones y tertulias en el Madrid Isabelino, por José Cepeda Adán.	499

	<i>Págs.</i>
La toponimia madrileña. Proceso evolutivo, por Luis Miguel Apa-	
risi Laporta	515
Noticias que ahora cumplen centenarios, por J. del C.	543
 Literatura	
Documentos de Cervantes y de otras personas con él relacionadas,	
por Antonio Matilla Tascón	553
Lope de Vega: versos desconocidos cantados por el pueblo en	
1609, por J. Salvador y Conde	563
Madrid en los bestiarios de Henri de Montherlant, por Luis López	
Jiménez	577
Mariana de San José. Nueva efemérides para los Anales de Ma-	
drid, por M. ^a Isabel Barbeito Carneiro	585
Centenario de un poeta Jean Cocteau en Madrid, por Carlos	
Dorado	591
Acercamiento a Tomás Luceño, por José Montero Padilla	601
La invención del espacio en un cuento maravilloso galdosiano:	
El Madrid de Celín por M.^a Ángeles Ezama	617
 Música	
La música en la Real Capilla de Madrid (siglo XVII), por Paulino	
Capdepón	631
 Urbanismo	
Limitaciones municipales e intereses de reforma. El ejemplo de	
la Gran Vía Madrileña, 1901-1923, por José Carlos Rueda	
Laffond	651

UN ANTIGUO PROFESOR

Por RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

No le voy a llamar «viejo profesor» como al popular designado así por antonomasia, pues murió joven, pero sí antiguo porque lo que recuerdo de él data de hace casi ochenta años. Por los años en que comenzaba la llamada Primera Guerra Mundial mis padres decidieron que aprendiera francés. Lo había iniciado en una escuela que regentaban unos hermanos de las Escuelas de la Doctrina Cristiana —los de San Juan Bautista de Lasalle— cuyo director era francés, expulsado por la política laicista gala de entonces, colegio situado en la calle de Atocha, frente a la Facultad de Medicina y cuya enseñanza primaria, única que proporcionaba era muy buena y completa. Tuvo que suspender sus actividades por hallarse ruinoso su edificio, al efectuarse unas obras en el contiguo y el colegio se cerró definitivamente.

No sé quién recomendó a mis padres que me confiaran a don Carmelo. Era un hombre joven, delgado, muy moreno, picado de viruelas; huérfano de padre y empleado en las oficinas del Ferrocarril de Madrid a Cáceres y Portugal en la estación de las Delicias. Su madre que conocí más adelante era una señora ya mayor, bajita, afectuosa y que residía a veces en un pueblo de la línea mencionada, no sé si en Castilla-La Sagra o en Extremadura. Un par de años acudí a la clase de don Carmelo que había estado en París y que conocía bastante bien la lengua y la estudiaba constantemente habiendo improvisado unas libretas manuscritas muy metódicas y con tintas de distintos colores que le ayudaban en su enseñanza. En verano acudía a su casa en la calle de Canarias —entonces no veraneábamos— desde la ronda de Atocha y bajaba a las cuatro de la tarde por el paseo de las Delicias, casi despoblado, a la sombra de cuatro filas de frondosos árboles, reducidas a dos durante la guerra civil, quizá resto de los plantados en tiempo de Carlos III cuando se abrió el paseo. La casa era moderna aunque modesta. Allí daba clase al alimón con otro alumno que aprendía contabilidad y letra redondilla y esto último me parecía un raro capricho. Esta clase me costaba la inverosímil cantidad de cinco pesetas mensuales, es decir uno de aquellos duros redondos y grandes, de veinticinco gramos de plata y que casi eran una pequeña fortuna. Aprovechando el buen tiempo a veces la clase se daba en el Retiro peripatéticamente y

entonces mi compañera era una pizpireta y traviesa niña, cuyos padres poseían un negocio de coches de alquiler —de caballos naturalmente— situado donde hoy el hotel Carlton y según ella sus coches eran los mejores, correteábamos y jugábamos, pues éramos unos críos aún, pero don Carmelo nos obligaba a hablar siempre en francés.

En el invierno la clase se trasladaba a la casa de la novia de don Carmelo, que era una escuela en el paseo de Santa María de la Cabeza, que ocupaba sólo una tienda de dos o tres huecos con vivienda; desde luego no había ni jardín, ni gimnasio ni campo de deportes ni demás exigencias actuales. La regentaban cuatro hermanas maestras, una de ellas novia de don Carmelo. Dábamos la clase en la única aula de la escuela o en el comedor de la vivienda, típico de clase media modesta, en la correspondiente mesa y enfrente en un sofá una de las hermanas pelaba la pava con su novio durante nuestra enseñanza, pero sin excesos llamativos. A veces la hermana menor nos amenizaba con una ejecución al piano. Mis compañeros de clase eran distintos, pues llevé a algún alumno del colegio y a mi íntimo amigo Pérez Mateo, futuro buen escultor, que sabía francés, pues había estudiado en el Liceo Francés, y que murió valientemente en noviembre de 1936 en el frente de Madrid, pues su entusiasmo revolucionario le llevó a inscribirse en el Quinto Regimiento; la diferencia de ideología no fue obstáculo a nuestra amistad.

Como método de enseñanza tradujimos don Carmelo y yo oralmente un manual de correspondencia comercial, una traducción francesa de una novela rosa alemana, *Isabel la de los cabellos de oro*, de Eugenia Marlitt, otras narraciones y otra cuyo autor no recuerdo, *Le maître de l'heure* cuya acción ocurría en tiempos de la sublevación argelina contra Francia a mediados del siglo XIX. Y me encargó que tradujera por mi cuenta en casa una comedia de Kistemaeckers, *L'Occident*, cuya acción sucedía en una base naval francesa entre unas cortesanas, una de ellas la protagonista marroquí y otras francesas y varios oficiales de la Marina. Obra no muy apta para un muchacho y de la que recuerdo esta frase en boca de la mora: «Los tunecinos son mujeres, los argelinos hombres y los marroquíes guerrerros. ¿Y yo? pregunta el oficial francés. (Ella): Si te lo dijera te pondrías a ladrar». La traduje un poco literalmente, al pie de letra, omitiendo algunas palabras más o menos de *argot* que no hallé en mi diccionario. También con ayuda de un diccionario francés-español aprendí una serie de refranes y frases hechas. Tenía bastante conocimiento del idioma cuando dejé a don Carmelo para pasar bajo la férula de don Eduardo Ugarte en el tercer curso de Bachillerato en el Instituto de San Isidro, quien me apreciaba mucho por superar a los demás alumnos hasta que descubrió mi deficiente pronunciación de algunos sonidos. Por cierto que su auxiliar era nada menos que el gran García Morente y a mí me indignaban las gamberradas de mis compañeros, cuando acudía a suplir a Ugarte, pues ya sabía que era catedrático de la Universidad.

A don Carmelo le gustaba divertirse y una vez lo encontré en el Carnaval de la Castellana disfrazado de *pierrot*. Se casó, tuvo una hija y murió joven. A la viuda la veía alguna vez en misa. Su hija se casó con un comerciante, se mudó de barrio y hace años que no sé de ella. Le dedico este recuerdo a su padre y buen profesor mío hace muchísimos años.